

EL ESPECTADOR

FUNDADO EN MEDELLÍN EN 1887 POR FIDEL CANO

El Espectador trabajará en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico. Fidel Cano
Gerente Eduardo Garcés López Director Fidel Cano Correa

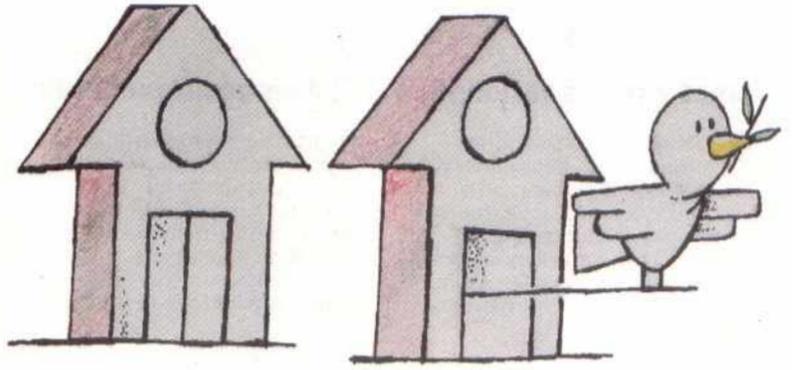
Consejo Editorial

Presidente Gonzalo Córdoba Mallarino

Pilar Reyes, Héctor Abad Faciolince, Ramiro Bejarano, Armando Montenegro.

Editor General Jorge Cardona

Vicepresidente Comercial Caracol Unidad de Medios Mauricio Umaña Blanche

123
LA HORA
DEL SÍ
BOYA

Opinión

Directores: Fidel Cano Gutiérrez: 1887 - 1919. Luis Cano: 1919 - 1949. Gabriel Cano: 1919 - 1923 (Medellín) y 1949 - 1958. Guillermo Cano: 1952 - 1986. Juan Guillermo y Fernando Cano: 1986 - 1997. Rodrigo Pardo: 1998 - 1999. Carlos Lleras de la Fuente: 1999 - 2002. Ricardo Santamaría: 2003. Fidel Cano Correa: 2004 fidelcano@elespectador.com

El Espectador. Editado por Comunican S.A. ©. Miembro: SIP, WAN, IPI y Andiaros © Comunican S.A. 2016. Todos los derechos reservados. ISSN 0122-2856. Año CXXIX. www.elespectador.com

Un No contundente

SI EL ACUERDO DE PAZ IBA A PASAR, tenía que haberlo hecho con estruendo, con el apoyo mayoritario e indiscutido de millones de colombianos que vieran en lo propuesto por las Farc y el Gobierno una puerta para reinventar Colombia, para ensayar la paz. Por eso, cualquier resultado adverso es una respuesta vehemente que no puede ser ignorada, menos aún cuando, como indican las cifras, se trató de una participación masiva. Sí, estuvimos virtualmente empatados, y eso habla de un país muy dividido, sobre todo cuando se ve que las regiones más periféricas y golpeadas por el conflicto apoyaron el acuerdo mientras la Colombia urbana lo rechazó, pero que el Sí no hubiera conseguido ganar siquiera por un margen inferior es una derrota histórica.

Son varios los motivos que pueden proponerse para entender este resultado, inesperado por lo que decían todas las encuestas. El principal, y viendo el número de votos del No, es que a muchos millones de colombianos les molestó sentirse marginados de un proceso que, por estar "blindado", no aceptaba cambios, y eso permitió que hiciera carrera la idea de que lo pactado en La Habana era una "imposición" que iba en contra de lo que las personas estaban dispuestas a ceder.

Le hablan los votos del No a la arrogancia de una clase dirigente que, primero, jamás debió prometer reafirmación de un acto que era el ejercicio de la potes-

tad constitucional del presidente, pero que después, en todo momento, se mostró victorioso y condescendiente con la oposición. Delgado favor le hizo al "Sí" que para su campaña se privilegiara la misma política tradicional de siempre en eventos que afianzan en el imaginario nacional la idea de que las elecciones en Colombia se hacen a punta de maquinarias aceitadas sobre burocracias clientelistas. Salvo por algunas excepciones, qué falta hizo la iniciativa ciudadana en una campaña que terminó convirtiéndose en una tercera vuelta presidencial.

Pero, dicho lo anterior, no es momento de quedarse llorando —o rabiando— por la leche derramada. La pregunta inevitable que surge es: ¿y ahora qué? Ante una coyuntura histórica que llamaba al consenso del país, la respuesta fue una votación que habla de las profundas divisiones que hay entre los colombianos.

Y, sin embargo, este es el país en que vivimos y en el que estamos llamados a convivir. Algo evidentemente no está funcionando para que vayamos de elección en elección divididos hasta en los puntos donde la unidad

“La orden de mantener el cese del fuego bilateral es el primer paso, el más importante, para mantener viva la ilusión”.

es esencial. Algo tiene que cambiar si en verdad pretendemos superar el odio que ha alimentado todos los conflictos en la historia nacional.

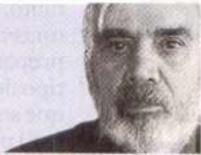
La respuesta inicial del presidente Santos ha sido la correcta. La de las Farc, también. La orden de mantener el cese del fuego bilateral es el primer paso, el más importante, para mantener viva la ilusión. Y mientras la institucionalidad encuentra la mejor manera de cumplir el mandato de las urnas sin echar a perder lo avanzado, las Farc ratifican su compromiso de seguir adelante. Desde la oposición triunfante, también, se ha ratificado la intención de llevar hasta el final este proceso, y no otro. La sensatez es urgente en este momento, y los actores parecen entenderlo en este primer momento.

En este acuerdo rechazado hay un largo camino adelantado. No podemos demorarnos otros cuatro años, o más, para tener una nueva ilusión. Si ambas partes en campaña dijeron que querían la paz (pero no así, dijo la parte vencedora), ahora es el momento de convertir en realidad ese deseo. Dijimos el domingo que el No era un salto al vacío, y seguimos creyendo que lo fue. Eso no quiere decir que no podamos encontrar una manera viable de aterrizar en la paz. A ese trabajo de unión nos sumamos desde ya.

¿Está en desacuerdo con este editorial? Envíe su antieditorial de 500 palabras a yosoyespectador@gmail.com.

El acuerdo de paz

SALOMÓN KALMANOVITZ



ESCRIBO SIN CONOCER EL RESULTADO del plebiscito del 2 de octubre, pero con el deseo de que el electorado ratifique el fin del conflicto con las Farc. Los portavoces del No han sido irresponsables al descalificar sus alcances y al ocultar las consecuencias catastróficas que tendría su triunfo para el futuro de la República.

Un análisis cuidadoso de Jorge Orlando Melo sobre los acuerdos firmados en La Habana muestra, primero que todo, que el balance final del conflicto fue favorable al Estado colombiano. Las Farc no pueden ni quieren aceptar que fueron derrotadas políticamente con las abrumadoras manifestaciones contra el secuestro en febrero de 2008; las campañas militares contra sus comandantes mermaron severamente su dirigencia, ya alcanzada por los años y sin haber podido educar cuadros nuevos en la política marxista.

Gracias a la acumulación de fuerzas que logró la administración Pastrana, a la asesoría técnica, a recursos avanzados que prove-

yó el Plan Colombia y a la persistencia de la política de seguridad democrática de Álvaro Uribe, todas las ganancias de territorio valioso que había logrado la insurgencia desde 1998 fueron retrotraídas y se vieron obligadas a devolverse a la guerra de guerrillas. Si el narcotráfico permitió su financiamiento holgado y la multiplicación de sus tropas, también los degradó moralmente y contribuyó al fuerte rechazo que se han ganado dentro de la ciudadanía.

Imaginemos que el conflicto hubiera terminado en un empate; las Farc entonces hubieran podido cobrar la mitad del legislativo y del gabinete y no diez representantes temporales de 256. No hubieran aceptado ser juzgados por jueces independientes ni permitido la posibilidad de que sus dirigentes fueran condenados; aun sin penas privativas de la libertad, las sanciones tendrían un contenido moral que les puede hacer mucho daño políticamente.

Tampoco hubo una clara victoria del Gobierno: las Farc quedaron con capacidad de hacerle daño a la economía y de seguir produciendo víctimas por sus acciones de guerra y de su destemplada política fiscal, como la llamó *Romaña* para justificar las pescas milagrosas y la barbarie del secuestro. Por eso lograron en la mesa el derecho a hacer política, derecho que nunca se le

debió quitar a ningún grupo político y mucho menos exterminarlo cuando amenazara intereses de las élites, como fue el caso de la Unión Patriótica.

Es muy poca ilustrada, para decirlo suavemente, la pretensión del Centro Democrático de impedir que grupos de izquierda puedan participar en la competencia electoral. Es paranoico expresar que van a ganar las próximas elecciones y a montar rápidamente la República Socialista de Colombia. El Centro Democrático tuvo procurador que les arrebató los derechos políticos a sus oponentes y defendió la corrupción de sus aliados y la propia, descomponiendo el Ministerio Público. Quizá saben que sus prácticas deslegitiman la justicia y la democracia y que nuevos grupos con ideologías frescas y discursos éticos pueden desplazarlos del panorama político, ya sin la polarización que tanto los ayuda.

La justicia transicional que se les aplica a las Farc es mucho más rigurosa que la que ofreció Uribe a los paramilitares; está a años luz de total impunidad por los crímenes de lesa humanidad de La Violencia o de las amnistías otorgadas a los dirigentes del M-19. Se trata de un buen acuerdo que refleja el balance de poder con que terminó la guerra.

Nieves

¿Como así que Timochento nos perdona?

